

JORGE CARPIZO UNA RECORDACIÓN PERSONAL

Miguel LEÓN-PORTILLA

Se ha escrito sobre Jorge Carpizo como jurista, maestro y funcionario universitario, director y rector en la UNAM, funcionario público, embajador, secretario de Estado. Y seguramente más se escribirá. Se publicarán incluso biografías de él.

Aquí, desde la perspectiva de un amigo que lo admiró, evocaré algunas anécdotas y otros recuerdos que conservo en torno a su persona y obra.

Conocí a Jorge Carpizo hacia 1969 cuando era becario en la Coordinación de Humanidades de la UNAM. Le dirigía su tesis de derecho don Mario de la Cueva, a la sazón coordinador en el campo de las humanidades.

La primera vez que tuve ocasión de hablar con Jorge creí experimentar aquello de lo que escribió el filósofo inglés Alfred Whitehead. Según él, hay ocasiones en las que, al establecer contacto con alguna persona, nos parece como si una voz nos dijera: “este hombre o mujer que conoces es excepcional; va a influir en el campo que cultiva, en el país y también de algún modo en el mundo”. Puedo decir ahora que lo expresado por Alfred Whitehead se cumplió con Jorge.

Algunos años más tarde supe que se había marchado a Londres para realizar estudios de posgrado. Tuvo ahí muy buenos maestros. A su regreso volví a encontrarme con él. Conversamos, y me di cuenta de que su interés en el campo jurídico lo había llevado a abarcar temas de considerable trascendencia: el derecho constitucional ocupaba lugar principal. Además, su reflexión sobre la situación social, política y económica imperante en México lo movió a ocuparse de aspectos como el presidencialismo y otros asuntos afines. A la sazón, Jorge Carpizo laboraba como miembro del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM.

UNA SERIE DE NOMBRAMIENTOS UNIVERSITARIOS

Algún tiempo después, el rector lo nombró coordinador de Humanidades. Este encargo ensanchó sus perspectivas como universitario. A partir de entonces continuó su ya vertiginosa y acertada trayectoria en la UNAM. Tiempo después, la Junta de Gobierno lo eligió director del Instituto de Investigaciones Jurídicas. En él laboraban maestros que mucho estimó y admiró Jorge. Entre ellos sobresalen los doctores Héctor Fix-Zamudio y Niceto Alcalá Zamora y su colega y amigo de toda la vida: Diego Valadés.

Con ellos, y con la participación de no pocos miembros del Instituto, comenzó a desarrollar programas y actividades que le confirieron un rango muy elevado en el contexto de las investigaciones jurídicas, no solo en México, sino en Hispanoamérica, España y otros países. El Instituto de Investigaciones Jurídicas, ya de por sí muy prestigiado, tuvo una presencia muy significativa en el contexto cultural de México.

Al término de su desempeño como director, el Congreso del estado de Campeche, su patria chica, le otorgó la medalla Justo Sierra, precisamente el 26 de enero de 1984. Jorge quiso que lo acompañáramos varios de sus parientes y amigos más cercanos. Ascensión, mi esposa, y yo, tuvimos el privilegio de estar entre ellos. Además de la ceremonia en la que también habló Jorge, hubo varios actos, entre ellos algunas comidas verdaderamente suculentas que se nos ofrecieron. Doña Luz María, la madre de Jorge, que fue una extraordinaria conocedora de la cocina campechana, hizo entonces gala de su saber gastronómico, y sugirió que se preparara un regío pescado esmedregal del que todos disfrutamos.

HACIA LA RECTORÍA DE LA UNAM

A fines de ese mismo año, Héctor Fix-Zamudio, Clementina Díaz de Ovando y yo tuvimos una larga conversación con Jorge. Llanamente nos manifestó su deseo de ser rector de la UNAM. Convencidos de que llegaría a ser un rector verdaderamente magnífico, dialogamos en esa ocasión señalando los pros y contras de ese difícil encargo. Jorge nos convenció al final y le ofrecimos apoyarlo decididamente como miembros que éramos de la Junta de Gobierno de la UNAM.

Fue en los últimos meses de 1985 cuando se inició el proceso para la elección de un nuevo rector. Estaba por terminar su mandato el doctor Octavio Rivero Serrano, aun cuando existía la posibilidad de que fuera reelecto. Recordaré ahora brevemente cómo se desarrolló ese proceso.

En la Junta de Gobierno había dos grupos claramente definidos. Uno de ellos apoyaba la reelección del doctor Rivero Serrano. El otro, integrado por Clementina Díaz de Ovando, Héctor Fix-Zamudio, Elizundia Charles y algunos miembros de diversas profesiones científicas, apoyábamos la elección de Jorge.

Un día me llamó el rector Rivero Serrano y me dijo que pensaba él que yo tenía cierto ascendiente entre los miembros de la Junta, y que él quería continuar por otro periodo como rector. Que si lo llamaba la Junta para conversar con él quería saber si eso significaba que estaban ya todos dispuestos a reelegirlo. Mi contestación fue que ello no era así. La costumbre era escuchar a los diversos universitarios cuyos nombres eran propuestos por los colegios de investigadores y profesores, por estudiantes y miembros del personal administrativo y, por supuesto, oír también del rector que podría ser reelecto.

Para ir conociendo la intención de los miembros de la Junta, celebramos varias elecciones, que previamente se convino en que solo tenían un carácter de diagnóstico de los pareceres de los integrantes de la Junta. En todos los intentos no se acababa de perfilar quién sería elegido rector.

Una mañana, antes de ir a comer, convocamos a otra reunión de la Junta para la tarde de ese mismo día. Quienes apoyábamos a Jorge Carpizo fuimos a comer a la casa del recordado ingeniero Marcos Mazari. Allí llegamos a una conclusión. Esa misma tarde haríamos no ya un ensayo de elección, sino un intento de elección formal.

Así las cosas, todos convinimos ya en la tarde en que la votación siguiente tenía el carácter de decisiva. Al llevarse a cabo, resultó electo Jorge Carpizo. No faltó algún miembro del grupo opuesto que insinuó que esa votación no tenía carácter definitivo. Ante el asombro de todos, tuvo que reconocer que la decisión había conducido efectivamente a la elección. Esta es la historia de cómo Jorge llegó a la rectoría.

Ya que es esta una recordación personal y no la reformulación de su curriculum vitae, no voy a hablar de las decisiones que tomó siendo rector. Me limitaré a recordar algunas que se me vienen a la memoria.

ALGUNAS ACTUACIONES DE JORGE COMO RECTOR

Una fue disponer la edificación de la que se llamó Ciudad de la Investigación de Humanidades. En tanto que los científicos tenían ya instalaciones muy adecuadas, los humanistas, que éramos tenidos por algunos como hormigas enanas, solo disponíamos de las dos torres de humanidades, y en ellas de uno o dos pisos por instituto. Nuestro anhelo se satisfizo entonces.

Los institutos de humanidades iban a disponer de muy buenas instalaciones con espacios muy amplios para sus bibliotecas, y en la mayoría de los casos con buenos auditorios.

Otro logro que también nos satisfizo a todos fue la creación del Centro Cultural Universitario. Jorge, amante del arte en todas sus formas, no escatimó esfuerzos para hacer una realidad ese ámbito cultural. Bien conocido es que éste alberga la magnífica Sala Nezahualcóyotl, en la que principalmente se ejecutan actividades musicales. También se construyeron varios teatros y otras dependencias; además de un espacio escultórico concebido por el mismo Jorge y el escultor Federico Silva. No hace mucho, conmemoramos los primeros veinticinco años de la Ciudad de las Humanidades.

Otro recuerdo personal es el de la invitación o consulta que me hizo Jorge para darle un nombre a la sala de conciertos. Mi sugerencia fue el de “Nezahualcóyotl”, el sabio poeta y gobernante de Tezcoco. Después me pidió un breve texto para colocarlo cerca de la entrada de ese recinto. El texto, muy bello, atribuido a Nezahualcóyotl, dice así:

Ahora lo sabe mi corazón,
escucho un canto,
contemplo una flor,
ojalá no se marchiten.

Del tiempo del rectorado de Jorge tengo otras anécdotas. Una se refiere a la publicación de un libro mío titulado *Cartografía y crónicas de la Antigua California*. Es una obra cuya publicación era muy costosa por la reproducción de buen número de mapas en color y todo el proceso de obtención de fotografías en diversos repositorios europeos, norteamericanos y de México. El libro contaba con el patrocinio de la Fundación de Investigaciones Sociales, A. C.; sin embargo, ese apoyo económico no era suficiente para lograr su publicación.

Conversando un día acerca de esto con Jorge, me dijo al momento, que le daría mucho gusto apoyar esa edición. Para ello le pidió a la doctora Elisa García Barragán, entonces directora del Instituto de Investigaciones Estéticas, que se hiciera cargo de las gestiones correspondientes. El libro, en gran formato, apareció en 1989, y volvió a ser editado en 2001. Jorge escribió un texto de presentación en el que generosamente subraya el interés de este trabajo, al que califica de fruto de investigación de frontera.

Otra anécdota es de un signo muy diferente. Para facilitar su comprensión recordaré que hacia 1987 el gobierno mexicano, a solicitud del español, aceptó crear una Comisión Nacional Conmemorativa del V Centenario. El doctor Edmundo O’ Gorman, que había publicado varios trabajos sobre

la que llamó “El ser de América”, pensó que le correspondía ese encargo, y que él lo enmarcaría en su teoría de “la inmersión de América”. Ésta la entendía él como resultado del empeño de los europeos que, al llegar a este continente y someter a sus poblaciones nativas, consideraron su deber y privilegio transformarlas para darles un ser semejante al que tenían los pueblos de Europa. En otras palabras, ellos iban a “inventar a América”. Este era el meollo de la tesis sobre la inmersión de América.

Implicaba ella asumir que en este continente las culturas indígenas, como la maya, la náhuatl y la incaica de la zona andina y otras, carecían por completo de significación histórica, y solo tendrían algún valor si se enmarcaban en la concepción eurocéntrica del mundo.

Pero lo que ocurrió fue que el presidente Miguel de la Madrid, a sugerencia de los secretarios de Relaciones Exteriores, Bernardo Sepúlveda y de Educación Pública, Jesús Reyes Heróles, se fijó en mí para tal encargo. Una vez que lo acepté, rogué a dos colegas que me acompañaran en tal aventura. Fueron ellos Roberto Moreno de los Arcos, a la sazón director del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, y José María Muriá, director de Archivos y Bibliotecas de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Uno y otro habían sido discípulos míos.

Después de discutir ampliamente sobre el asunto, llegamos a la conclusión de que la Comisión no debía asumir un carácter festivo de celebración, sino meramente conmemorativo, por la importancia de lo acontecido a partir de 1492, y además debía abandonar su carácter eurocéntrico y abrirse una comprensión en la que ocuparan también un lugar las culturas y los pueblos indígenas de este continente. Con tal perspectiva, propuse la expresión de “Encuentro de dos mundos”, entendiendo por “encuentro” la confrontación inicial y después el mestizaje cultural biológico “Dos mundos” es metáfora para significar a los dos hemisferios.

Al dar a conocer esta tesis, y al enterarse de ella el doctor O’Gorman, que pensaba sería él el coordinador de la comisión mexicana, no pudo reprimir su indignación. Movido por lo que quiero interpretar como envidia y odio, empezó a atacarme duramente en la prensa. Entre otras de las medidas que tomó fue la de solicitar mi presencia en la Academia Mexicana de la Historia, de la que entonces era director, para increparme públicamente por el terrible desacato del que había sido él víctima.

Como no hice caso alguno a sus improperios, se apersonó con el doctor Jorge Carpizo, que aún era rector de la UNAM, y le solicitó, aunque esto parezca increíble, que se me expulsara de la Universidad. Según me lo informó Jorge, adujo razones, como las de que con la expresión “Encuentro de dos mundos” estaba yo falseando la historia y, por tanto, incurriendo

en una grave falta de ética. Aunque Jorge me refirió esto con la insistencia de O’Gorman, que solicitaba que se tramitara mi expulsión. Su respuesta a O’Gorman fue en el sentido de que la Universidad es una institución abierta, y en ella pueden expresarse las ideas de cada uno. Al terminar esa conversación, Jorge añadió: “O’Gorman te va a seguir molestando durante bastante tiempo”.

Así sucedió, y hasta después de 1992 sufrí toda suerte de embates. A ellos finalmente contesté en una revista internacional publicada por la UNESCO, *Diógenes*, que aparece en varias lenguas. Mi respuesta al parecer hizo callar a ese adversario gratuito más molesto que un tábano.

Durante su rectorado, Jorge fue elegido como presidente del Consejo Ejecutivo de la Unión de Universidades de América Latina. Al término de su desempeño como rector, volvió como investigador a su instituto. Y hallándose allí, unos cuantos meses después de que había terminado su rectorado, fue nombrado ministro numerario de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

Este encargo, de gran responsabilidad y grande honor, no lo ocupó por largo tiempo. En realidad, por algo más de un año. En 1990 fue nombrado primer presidente de la Comisión Nacional de Derechos Humanos.

JORGE Y LA COMISIÓN NACIONAL DE LOS DERECHOS HUMANOS

Jorge puso todo su empeño y toda su capacidad para que tal institución fuera operante en todo el ámbito nacional. Recordaré una anécdota. Un día nos invitó Jorge a Héctor Fix-Zamudio y a mí a almorzar con él en la sede de la Comisión. Estando comiendo, de pronto Jorge se quedó dormido. Fue el cansancio lo que por un momento interrumpió nuestra conversación. Tres años estuvo Jorge como presidente de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, y fueron muchos los casos que atendió. En enero de 1993 interrumpió ese encargo para aceptar otro mucho más difícil: ser procurador general de la República.

PROCURADOR DE LA REPÚBLICA

Bien sabido es lo espinoso de ese trabajo y, por consiguiente, la suma de responsabilidades que implica. Siendo procurador, Jorge Carpizo, durante el gobierno del presidente Carlos Salinas de Gortari, a principios de enero de 1993, ocurrió en el aeropuerto internacional de la ciudad Guadalajara,

Jalisco, un atentado que conmovió a México. Fue el 24 de marzo por la mañana cuando el cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo, al llegar al aeropuerto para recibir al nuncio apostólico, monseñor Prigione. Se escuchó entonces ruido de armas de alto poder y gritos y gente que corría en varias direcciones. El hecho es que el cardenal Posadas Ocampo, alcanzado por los disparos, falleció poco después.

Jorge recibió la orden del presidente de la República de esclarecer ese asesinato de la manera más pronta y eficiente. En su libro *Asesinato de un cardenal, ganancia de pescadores*, escrito por Jorge, con la participación de Julián Andrade, publicado por la editorial Aguilar, en México en 2002, ofrece su punto de vista sobre lo que entonces ocurrió.

Esclarecer el asesinato del cardenal Posadas

En ese libro de más de 550 páginas entra en múltiples pormenores, que documenta en cada caso, y concluye que el cardenal murió víctima de la confusión que se produjo en el aeropuerto de Guadalajara. Tal interpretación, dada a conocer desde antes de la publicación del libro, contrarió el parecer de quien llegó a ser el nuevo cardenal de Guadalajara, monseñor Juan Sandoval Íñiguez. Éste, con grande ardor, proclamó que su predecesor había sido asesinado, y que en realidad había sido un mártir. La postura de Jorge Carpizo fue duramente atacada por el nuevo cardenal, y así se prolongó durante mucho tiempo un debate público.

Los amigos de Jorge, entre ellos Héctor Fix-Zamudio y yo, hablando con él, insistimos en que era ya tiempo de abandonar tal debate, pues no conducía a nada. Jorge nos respondió que tenía la responsabilidad de esclarecer los hechos. Solo la lamentable muerte de Jorge vino a poner fin para siempre a tan desgastante polémica.

Otro magnicidio

Otro acontecimiento, igualmente difícil de esclarecer, tuvo lugar algún tiempo después. Fue el asesinato de quien era candidato a la presidencia de la República por el PRI, Luis Donald Colosio, en la ciudad de Tijuana, el 23 de marzo de 1994.

Jorge Carpizo no era ya para esas fechas procurador general de la República, sino que ocupaba un puesto más importante: el de secretario de Gobernación en el mismo gobierno de Carlos Salinas de Gortari. En el cargo de procurador lo había sucedido el doctor Diego Valadés, amigo muy

cercano a Jorge, y también mío. Diego Valadés tuvo que iniciar la investigación, quéé desafortunadamente no ha esclarecido del todo qué fue lo que realmente ocurrió. Huelga repetir que el encargo de secretario de Gobernación se tornó aún más delicado, al grado de que Jorge, por un momento, pensó dejarlo. Sin embargo, a la postre continuó en él hasta que concluyó el periodo presidencial de Salinas de Gortari.

Los amigos de Jorge llegamos a temer por su vida. Ello, como él lo sabía, se debía a su actuación como procurador general de la República frente a los embates del crimen organizado. Su forma decidida de actuar provocó a muchos en contra suya, y otro tanto sucedió siendo secretario de Gobernación. Tal vez por eso el nuevo presidente de la República, Ernesto Zedillo Ponce de León, lo nombró varios meses después, en septiembre de 1995, embajador de México en Francia.

Ahí, con su eficiencia característica, se desempeñó Jorge con buen tino en ese trabajo. Tuve yo ocasión de visitarlo en París cuando asistí a una reunión de la UNESCO, en la que antes había sido embajador y delegado permanente. Me invitó él a hospedarme en la residencia de nuestra embajada, cosa que acepté, y me permitió conversar con él sobre muchos asuntos. Como siempre, generoso y atento, Jorge me llevó a algunos de los mejores restaurantes de París.

Ya solo me resta decir que a su regreso en 1998 nos veíamos con cierta periodicidad. En varias ocasiones vino él a comer con nosotros, y en algunas nosotros con él, en su casa de Tlalpan. Laborando de nuevo en el Instituto de Investigaciones Jurídicas, obtuvo una serie de reconocimientos, varios doctorados honoris causa y la presidencia del Instituto Iberoamericano de Derecho Constitucional.

LOS AÑOS FINALES

Hombre incansable, continuó escribiendo, investigando, impartiendo clases y conferencias, así como viajando por varios lugares del mundo. Como viajero era infatigable, y así recorrió lugares apartados en los que tuvo muy interesantes experiencias de las que le agradaba mucho conversar.

Una última anécdota referiré. Al cumplir yo 85 años de edad en 2011, varios amigos me hicieron un homenaje, que incluyó la publicación de un opúsculo, en el que se expresaron acerca de mí.

Lo que ahí escribió Jorge me fue muy grato. Tan generoso como siempre, llegó a decirme que creía él que yo le tenía cierta envidia porque había hecho buena amistad con mi nieto Miguel Diego León-Portilla. Jorge lo invitó varias veces a comer, y estableció muy buena relación con él. Cuando

iba a nuestra casa y sabía que Miguel Diego con sus padres estaría también, le traía siempre hermosos regalos, que Miguel mucho apreciaba.

La muerte de Jorge Carpizo nos sorprendió y dolió profundamente a todos sus amigos. Para mí, hasta hoy es algo inexplicable, y en extremo triste. Las anécdotas que he referido constituyen solo una parte de lo mucho que podría recordar de los contactos que tuve con él durante muchos años desde que fue becario en la Coordinación de Humanidades de la UNAM.